

SANCHES DE GUZMAN

ESCENAS PATRIÓTICAS



Escenas Patrióticas

1438

2.688

→ POR ←

Francisco A. Sanchez de Guzman



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Editadas por C. da Costa & C.^a

ESMERALDA 165 — BUENOS AIRES

1897

155

LOS PROCERES DE LA INDEPENDENCIA

El teatro representa el salón de fiestas de una escuela superior.

La orquesta preludia el Himno Nacional y al levantarse el telón, un grupo de niñas formadas de menor á mayor, entona el himno de la Pátria.

Terminado el himno cantado por la escuela, quedan sobre el tablado tres niñas hablando entre sí, como si estuvieran entretenidas en una viva discusión. Cuando todas las alumnas que formaron el coro se hayan retirado, una de ellas, que deberá encontrarse á la cola, se vuelve, y notando sobre el tablado á sus compañeras, se dirige á ellas y empieza el diálogo en alta voz, que hasta entónces se supone haber existido en voz baja.

Amalia—Pero, señoritas, que hacen aquí que no van á ocupar sus puestos.

Beatriz—Ven querida Amalia, ven á servir de árbitro en el asunto de que tratamos.

Carolina—Sí, ven, ven á decirnos cual de las tres tiene razón.

Amalia—Pero sepamos de que se trata y por que se han quedado ustedes aquí.

Deidamia—Te diré: esos acordes solemnes y esas estrofas elocuentes del Himno Nacional que nos recuerdan las glorias de nuestros próceres —de esos gigantes que en lucha desigual nos conquistaron la libertad y la pátria;—esa música, Amalia, y ese canto, me conmueven y entusiasman!

Beatriz—Y á mí.

Carolina—Y á mí también.

Amalia—A todas nos sucede lo mismo.

Deidamia—Pues bien; emocionada por el himno de la patria, apenas terminó, dije bajito á Beatriz: ¡que grandes fueron los hombres de la revolución! . . . ¡Cómo me entusiasma el General Alvear! . . . Sí; me contestó, pero es más grande el Dr. Moreno.

Carolina—Y yo, que oí la conversacion, no pude contenerme y les dije que el más noble de los próceres argentinos, era el general Belgano.

Beatriz—Por Dios, niña, no digas eso! . . .

Carolina—¿No oyes lo que dice? . . .

Deidamia—Ya ves que no nos podíamos entender.

Beatriz—Y como cada una se esforzaba por hacer valer su opinion. . . .

Carolina—Nos quedamos hablando, sin advertir que nuestras compañeras se habían retirado: tú. . .

Beatriz *Amalia*—Tú has sido como la campana del Colegio cuando nos corta el recreo y nos llama al deber; por tanto, señoritas, á sus puestos!

Deidamia—Nó, nó; espera un momento á que nos diga Amalia quien piensa mejor.

Carolina—Tu presencia, Amalia, ha sido como un cántaro de agua fría echado en la llama de nuestros entusiasmos (*rién tose*).

Amalia (*con gravedad*)—La llama del patriotismo, amigas mías, es como el fuego gregoriano, arde en el agua. . . . ¡Ni aún la sangre la apaga!

Beatriz—Bravo, bravo.

Deidamia—Bien dicho.

Carolina—Sí; bien dicho, así es.

Amalia— Bien, pues: afirmaban. . . .

Deidamia—Que Alvear era el más simpático.

Beatriz—A mi juicio, Moreno.

Carolina—Para mí, Belgrano.

Amalia—Que todos fueron grandes, es cierto: pero por lo mismo, que cada una exponga los motivos en que funda su predilección y despues decidirá.

Beatriz—Eso es.

Deidamia—Sí, sí.

Carolina—Bueno.

Deidamia--Mi preferencia por el general Alvear se funda en la distinción personal que hacía de él un hombre de mundo y de sociedad, en su astucia como político, en su valor como militar, en su patriotismo. . . .

Carolina—Y el general Belgrano no era también caballero, distinguido, escritor, valiente, militar intrépido, experto diplomático, estadista, y sobre todo, patriota, como ninguno?

Beatriz—Qué escritor hay más valiente ni que patriota más decidido que D. Mariano Moreno?

Deidamia--No me interrumpas.

Amalia—Déjala terminar.

Deidamia—He dicho por su patriotismo, y en efecto, recordad que abandonó la Europa donde se le abría una brillante carrera en el gran mundo y la vida elegante á que lo llamaban sus inclinaciones, para venir á ofrecer su espada y su vida á la pátria que se debatía con la opresión, y cuando desde allá debían parecer una locura

sus aspiraciones de libertad: dejó todo, presente y porvenir, cuando la pátria solo podía ofrecerle miserias peligros sufrimientos ¡el cadalso tal vez!

Carolina— Todos se hallaban en el mismo caso.

Deidamia— Si, pero los otros estaban aquí, en el teatro de los sucesos y envueltos por ellos, debiendo de optar por uno ú otro bando; eran argentinos, la elección no era dudosa; les tocaba militar en las filas de los libertadores de su pátria, tomar parte en el glorioso alzamiento del 25 de Mayo y prestar á la causa de la independencia la inteligencia, el brazo y la vida; pero Alvear no estaba aquí, y vino.

Amalia— Muy bien, sigue.

Deidamia— Después ¿no habéis oído? ¿á quién se debe la batalla de Ituzaingó, que dió libertad á una república hermana?

Amalia— Cierto.

Beatriz— A Alvear.

Carolina— Sí, á él.

Amalia— ¿Están, pues, de acuerdo?

Carolina— Sí, en sus méritos.

Beatriz— Pero no en la supremacía.

Amalia— Habla tú, pues.

Beatriz— El doctor Moreno fué el alma de la revolución de Mayo; su preclarísimo talento y su energía la prepararon; fué él quien le dió vida; la dirigió y echó los cimientos de ese espíritu liberal que ha dado vida á nuestro ser político y del cual ha surgido nuestra forma de gobierno y nuestras instituciones democráticas. Después,

cuando llegó el momento en que esa pátria, que tanto amaba, creyó necesaria su presencia en el viejo mundo para consolidar su autonomía, no vaciló en partir, sabiendo, tal vez, que el mar sería su tumba.

Deidamia—Sin duda que fué heróico su carácter.

Carolina—Yo le admiro, ciertamente, pero . . .

Amalia—¿Admiras más á Belgrano?

Carolina—Sí.

Beatriz—Si yo supiese pintar, representaría á Moreno en su modesto gabinete, junto á su mesa de trabajo, escribiendo algunos de aquellos patrióticos artículos que enardecían las masas y que fueron el anuncio de nuestra libertad. A su lado representaría á la jóven esposa del tribuno, meciendo la cuna donde dormía el tierno niño, que bien pronto debía quedarse huérfano.

Deidamia—Pues yo, representaría al general Alvear á caballo, al frente de su ejército triunfante y aclamado por el pueblo de Buenos Aires, al hacer su entrada victoriosa en la capital porteña.

Carolina—Por mi parte, yo representaría á Belgrano, pero no en la tranquilidad del hogar, ni entre los vítores de las multitudes, sino en aquellos cerros de Vilcapugio después de su derrota, al lado de sus tambores, que llamaban los dispersos, á pié y tremolando el heróico jirón de la bandera de la pátria. Allí, allí, en aquella retirada en que con la bandera en la

mano, marchaba á pié y el último de la división, mostrando de esta manera que la bandera argentina podía retroceder pero no huía.

Amalia—Belgrano siempre fué grande!

Carolina—Sí; el general Belgrano amigas mías, como Moreno, trabajó sin descanso en la prensa y en la tribuna en pró de la revolución de Mayo, después, á la cabeza de sus valientes voluntarios, es tan grande, á mí ver, en sus retiradas del Paraguay y Vialpugio, como lo es en sus victorias en Salta y Tucumán. Como caballero, ninguno está á su altura; ¿no recordáis su conducta con los soldados de Tristán?

Amalia—Sí, dejó libre bajo su palabra á los prisioneros de Salta.

Carolina—¿Y no recordáis tambien, el empleo que dió á la gratificación de 40.000 pesos que le fué concedida por el gobierno, después de la batalla de Tucumán?

Deidamia—La cedió para las Escuelas.

Carolina—Así es, pero hay más: como católico, depositó su bastón de mando á los piés de la Virgen de las Mercedes, y como patriota...

Amalia—Como patriota renunció el mando, ofreciéndose á continuar como gefe de cuerpo á las órdenes del general San Martín, su reemplazante.

Carolina—Sí, pero no es eso solo: él fué el primero que hizo tremolar al viento de los combates esa gloriosa bandera que el aire de la libertad hace ondear sobre nuestras cabezas; él fué el que en los momentos de la indecisión inventó

la insignia de la patria, haciendo imposible la vuelta al coloniaje; el fué el primero que la levantó altiva en las márgenes del Paraná, sobre los reductos del Rosario. . .

Amalia—Tienes razón.

B. D. y C. (á un mismo tiempo)—¡Viva Belgrano!

Florencia (que ha entrado paso á paso y ha estado escuchando el diálogo)—Viva, sí; pero viva también San Martín que á todos sobrepasa en gloria y grandeza.

Beatriz—¿Estabas ahí?

Carolina—No te habíamos visto.

Deidamia—Se complica el asunto.

Amalia—Puesto que no estás de acuerdo con estas niñas, oigamos tu alegato.

Carolina—¿Porqué sobresale tu general San Martín?

Florencia—Mi general San Martín! ¿No recordáis su historia? ¿No florecen y florecerán mientras los Andes subsistan, los laureles que ciñeron sus sienes en San Lorenzo, Chacabuco, Maipú y Lima? . . .

Deidamia—Victorias como las de Alvear. . .

Carolina—Triunfos como los de Belgrano. . .

Florencia—Sí, pero ni Alvear ni Belgrano concibieron su vasto plan, no escalaron como él la imponente cordillera americana, haciendo flamear sobre sus nevadas cúspides nuestra gloriosa bandera, la bandera de Mayo. No comprendieron como él, que era preciso llevar el teatro de la guerra á Chile y al Perú; de la defensiva pasar á la ofensiva, y allí, dándose

la mano con Bolívar, el venezolano ilustre, hijo de Maite y de la Fortuna, acorralar las huestes coloniales en el Alto Perú, emancipando para siempre á todo un continente!

Amalia—La batalla de Ayacucho á que te refieres, no fué ganada por el general San Martín.

Beatriz—Fué Sucre el héroe de esa jornada!

Carolina—Y San Martín renunció cuando se encontró con Bolívar.

Florencia—Es verdad, Ayacucho fué, sin embargo, el resultado necesario de su plan de operaciones; pero hay algo más en el general San Martín. . . .

Deidamia—Su renuncia?

Florencia—Su renuncia, tú lo has dicho (*á Carolina*). Cuando creyó que la libertad de América necesitaba de su abnegación y de su ostracismo, sacrificó el mando, renunció su gloria misma, todo cuanto forman los ideales de la vida, eclipsándose ante el libertador de Caracas y abandonando, la grande obra á su émulo de gloria.

Amalia—Y tuvo que renunciar para siempre, á esta América que tanto le debe.

Florencia—Sí, llevó su sacrificio hasta renunciar á la pátria por amor á la misma pátria, muriendo pobre y olvidado al otro lado del Atlántico.

Deidamia—Es cierto, la pátria fué con él ingrata!

Amalia—Como con Scipión.

Florencia—Y tan grande como Scipión, fué más magnánimo que el vencedor de Aníbal, pues deseó que sus restos durmiesen el último sueño en el seno del pueblo en que naciera.

Beatriz—Has vencido (*tomándole las manos*).

Carolina—Es verdad: todos nuestros próceres merecen el tributo de nuestra gratitud y de nuestro respeto.

Amalia—Pero el héroe de dos mundos merece nuestra veneración.

Beatriz, Carolina y Deidamia—¡Viva el general San Martín!

Florencia—Sí, viva; pero los hombres mueren y la patria queda, y quedará mientras aliente un alma entusiasta que proclame su independencia y un brazo esforzado que la defienda. ¡Viva la patria!

Amalia, Beatriz, Carolina y Deidamia—¡Viva la libertad! ¡Viva la Patria!

Una banda marcial deja oír en estos momentos la marcha de Ituzaingó.

Cae el telón.



Los Héroes del Pueblo

El teatro representa una plaza pública engalanada para una fiesta pátria.

PERSONAJES:

Antonio, Marcial, Benito y Cárlos, sargento de G. N.

Antonio—(sale de entre bastidores con el brazo hechado sobre el hombro de Marcial, continuando una conversación comenzada).—No me llena, amigo, no me llena. . . .

Marcial—Pero en fin, ¿qué es lo que querías?

Antonio—Lo que quería, amigo Marcial?

Marcial—Sí ¿porqué dices que no te llenan todas estas fiestas?

Antonio—¡Porqué! Porque veo que en todas ellas no se habla, por lo general, sinó de los grandes tribunos, de los eminentes hombres de estado, de los gloriosos generales, en una palabra, de encumbrados personajes, y nadie se acuerda del pobre soldado que como Falucho, se dejó arrancar la vida sobre los muros del Callao, antes que permitir que fuese arriada la gloriosa

enseña de la patria, que lo era también de la libertad.

Marcial—No dejas de tener razón, en parte.

Antonio—¿No es cierto?

Marcial—Sí, y con franqueza te digo que yo también hallo en nuestra brillante historia, no uno, sino cien hechos, practicados por oscuros soldados, por rudos hijos del pueblo, que me entusiasman tanto, como los grandes hechos de los heroicos próceres de nuestra independencia.

Benito—(*Saliendo de la parte opuesta de entre bastidores, dando el brazo á Carlos.*)

Y yo soy de la misma opinión, compañeros.

Carlos—Yo también, aunque no sea más que por espíritu de clase, (*señalando sus ginetas*).

Antonio—Me alegro que me deis la razón.

Benito—Ché, *Marcial*. ¿No decías que había muchos hechos que te entusiasman y que habían sido practicados por modestos soldados y humildes hijos del pueblo?

Marcial—Sí.

Benito—Pues escucha este episodio de los albores de nuestra historia, cuando aún no constituíamos nación, pero cuando ya teníamos derecho á constituirla por el valor y heroísmo de nuestros padres.

Marcial— } *al mismo tiempo* } Cuenta.

Antonio— }

Carlos—Un rasgo de algún sargento?

Benito—Sargento ó soldado raso, la historia no lo dice.

Antonio—Déjalo hablar (á *Cárlos*).

Marcelo—Cuenta, cuenta.

Benito—Era el 1^o de Agosto de 1806; los ingleses que se habían apoderado de Buenos Aires, tuvieron noticia de que el Coronel Echavarría con su regimiento de Blandengues, varios patriotas y el jóven Pueyrredón, con un escuadrón de voluntarios que había formado con los valientes gauchos de la campaña de Buenos Aires, se habían sublevado, y aunque mal armados y peor municionados, se hallaban reunidos á unas cuatro leguas de la Capital. . . .

Marcelo—¿Nos vas á hablar del combate de Pedriel?

Benito—Sí. Hacia aquel lugar se dirigió en persona el jefe inglés Beresford, con un regimiento de infantería, algunos caballos y ocho piezas de artillería; y al amanecer, cayó sobre los patriotas, poniéndolos, en poco tiempo, en dispersión.

Marcelo—La mayor parte de los nuestros eran paisanos.

Benito—Y estaban mal armados, ya os lo he dicho.

Cárlos—Y fueron sorprendidos.

Benito—No solo fueron sorprendidos, sino que el gefe Echavarría, todo un Señor Coronel, fué el primero en batir en retirada siguiéndole su regimiento. . .

Antonio—¿Y todo se acabó?

Benito—Ten paciencia; el jóven Pueyrredón..

Marcelo—¿El que después fué general y director.

Benito—....Sí; D Juan Martín de Pueyrredón á quien después el Congreso de Tucumán nombró Director Supremo de la nueva Nación y que como os he dicho, entónces capitaneaba un escuadrón de paisanos, lleno de ira y de vergüenza al ver la fácil victoria de los ingleses....

Cárlos—Qué gracia, soldados viejos contra paisanos mal armados!

Benito—Es cierto, pero no pensaba así Pueyrredón, que encendido en rábia y despeño, reúne sus gauchos, les habla, los invita á dar una carga á aquel enemigo victorioso, los electriza con su palabra, y con ellos cae como un huracán sobre los ingleses, que ya celebraban su victoria y quedan asombrados de tanto valor; llegan hasta el carro de las municiones y distribuyeron lanzandas y sablazos á derecha é izquierda, lo apresan y huyen con él.

Cárlos—¡Bien por los nuestros!

Benito—Los ingleses á todo esto, tira que tira; y como parecía que contra aquellos diablos nada podían los fusiles, hacen fuego con los cañones y una bala viene á hacer pedazos el caballo que montaba Pueyrredón.

Cárlos—Y le hirió ché?...

Benito—Tuvo la suerte de caer de pié y con su espada brillante en la mano.

Cárlos—Me alegro.--

Benito— Al verlo caer, los ingleses se precipitaron sobre él, lo atacan, lo cercan y como son muchos y él está solo, ya lo van á agarrar, á pesar de su defensa desesperada, cuando cae en medio de ellos como un rayo, atropellando cuanto encuentra á su paso y dando tajo y mandoble á derecha é izquierda, uno de los valientes gauchos de su escuadrón, y, parando de repente su caballo junto á él “¡suba pronto” —le dijo— haciendo girar al mismo tiempo al caballo sobre sus jarretes y presentando agrupa á su jefe.

Cárlos— ¡Lindo gaucho! . . .

Antonio— ¡Bravo!

Benito— Pueyrredon salta sobre el anca, el otro le aplica las nazarenas al caballo, el bagual se empina, pisa á uno, á otro derriba, y en dos saltos está fuera del círculo formado por los ingleses que se quedan con la boca abierta . . .

Cárlos— Y con un palmo de narices (*interrumpiendo*).

Benito— (*continuando*)— . . . viéndolos alejarse y desaparecer.

Antonio— Lindo episodio.

Cárlos— ¡Viva el gaucho argentino! (*á Benito*)
¡Qué valiente!

Antonio— Rasgo de valentía no menor podría yo relatar.

<i>Benito</i>	} <i>Al mismo</i>	} Cuenta, cuenta Antonio.		
<i>Marcelo</i>			} tiempo	} Te escuchamos.
<i>Cárlos</i>				

Antonio—Todos conocéis de nombre á La Madrid.

Marcelo — Al general La Madrid?

Benito—Justo, D. Gregorio Araoz de La Madrid.

Marcelo— Otro valiente.

Antonio --Era en los momentos álgidos de la gloriosa guerra de nuestra independencía. El ejército del Alto Perú se hallaba escalonado en los accidentados campos de Bolivia y como exploradores, tenía destacado un pelotón de doce dragones mandados por el entonces teniente del mismo cuerpo D. Gregorio La Madrid. Al otro lado de la sierra se hallaba el ejército enemigo y su guardia avanzada, fuerte nada menos que de una compañía, ocupaba la parte del "Tambo Nuevo", sitio escabroso y de difícil acceso. Pues bien, La Madrid tomó la resolución de aprisionar parte de aquella compañía . . .

Benito -- Qué temeridad, ¡con doce hombres!

Antonio - Pues no era preciso tanta gente.

Cárlos—¿Como hizo entonces?

Antonio—Vas á ver; llamó á tres soldados y los mandó de batidores á reconocer el terreno. Estos tres valientes al llegar á la falda de la cuesta, echaron pié á tierra y llevando sus caballos de la brida, guiándose por el resplandor de las estrellas, encubriéndose entre la maleza y deslizándose como sombras, se aproximaron tanto al puesto enemigo, que pudieron ver cuanto en él pasaba. La compañía se componía de cincuenta

hombres, de los cuales once y un sargento formaban la guardia, establecida en una de las casuchas de la posta. A la puerta se veía el centinela, las armas estaban arrimadas contra la pared, y en el interior se hallaban acostados los restantes soldados y el sargento que componían la guardia; el resto de la compañía dormía más atrás. Nuestros tres exploradores, concibieron entonces el atrevido proyecto de apoderarse ellos solos de la guardia, se lo comunicaron al oído y poniéndose rápidamente de acuerdo, con la agilidad con que el tigre cae sobre su presa la sorprende y la derriba, así también uno de aquellos intrépidos dragones salta sobre el centinela, lo sorprende, lo desarma, lo amordaza y lo amarra, en tanto que otro de sus compañeros se apodera de las armas, y el tercero, colocándose en medio de la guardia con la carabina amartillada, intimó á todos la rendición.

Cárlos—¡Ese sí que era un hombre!

Antonio—Los realistas sin poder darse cuenta de lo que les pasaba y sin lanzar un grito, se rindieron, y uno por uno fueron maniatados por los tres dragones que, echándoles por delante, volvieron á bajar la cuesta entregando á su Teniente los prisioneros que habian hecho y el armamento que habían tomado.

Marcelo—¡Bravo!

Benito—Me ha entusiasmado tu relato.

Cárlos—¿Y no se sabe quienes eran esos valientes?

Antonio—Sí, eran: José Mariano Gomez, Santiago Albarracín y Juan Bautista Salazar.

Marcelo—¿No son esos á los que la historia llama Sargentos de Tambo Nuevo.

Antonio—Justamente, el General Belgrano al tener conocimiento del heroico hecho les dió el glorioso título de Sargentos de Tambo Nuevo.

Cárlos—¡Sargentos habían de ser!

Marcelo—Sargentos, Carlos, sí; pero no es este solo, hay otros rasgos aún, más heroicos, más nobles, más importantes, y quieres que te diga, más trascendentales.

Antonio—¿Más importante que el aprisionar tres hombres solos, toda una guardia?

Cárlos—No puede ser.

Marcelo—Más importante sí, y más trascendental sin duda, pues del hecho á que me refiero, del acto practicado por ese humilde hijo del pueblo, ha dependido, tal vez, la libertad del continente americano.

Cárlos—¿Qué dices?

Antonio—No exageres.

Benito—Me picas la curiosidad.

Marcelo—Oigan: (á Antonio), corría el mes de Febrero del año trece, cuando una escuadrilla española desembarcó sus marinos en el pueblecito de San Lorenzo. El entonces Coronel San Martin había tenido noticia anticipada del desembarco y fué allí á esperarlos con algunas milicias y con su valiente regimiento de Granaderos

á caballo, y cayendo con ellos como un huracán sobre los marinos enemigos, los pone en desbandada tomándoles prisioneros, armas y cañones.

Antonio—Eso ya lo sabíamos.

Cárlos—San Martín no era del pueblo.

Marcelo—Eso lo sabían Vds. sí, (*á Antonio*) San Martín no pertenecía al pueblo, es cierto (*á Cárlos*), pero lo que Vds. tal vez no sepan es que, en lo más récio de la pelea, el caballo que montaba el Coronel San Martín fué herido de muerte, desplomándose y pillando al caer una pierna de su dueño, que quedó tendido en tierra sin poder defenderse y que iba á ser sacrificado, pues se hallaba rodeado de enemigos, cuando uno de sus valientes granaderos Juan Bautista Cabral, al ver á su coronel en tal peligro, se desmonta de un salto, corre á el, lo arrastra fuera del pesado cadáver que le torturaba la pierna, lo pone en pié, lo escuda con su cuerpo y lo ayuda á defenderse de los enemigos que lo acometen, dando tiempo á que sus compañeros puedan venir en su socorro; y allí muere acribillado de heridas, para salvar la vida del que más tarde había de ser el libertador de América.

Benito—Lo mismo hubiera hecho el valiente gaucho que salvó á Pueyrredón.

Marcelo—Sí, pero con la muerte de Pueyrredón se hubiera perdido un jefe y con la de San Martín se perdía algo más; se perdía...

Cárlos—Un gran organizador.

Marcelo—Un génio: el único hombre que po-

día concebir y al mismo tiempo ejecutar el vasto plan de campaña á que se debe la libertad de América.

Cárlos—Es cierto, ¡viva el Sargento Cabral!

Benito—Sí, viva, gloria á su memoria y gloria también á todos esos héroes anónimos que han ennoblecido con sus hechos las brillantes páginas de nuestra historia.

Marcelo—¿Y no merecerán por ventura un viva, aquellos que á la victoria los condujeron?

Antonio—Tienes razón, grandes y pequeños, todos merecen nuestra gratitud.

Marcelo—Gloria, pues, al oscuro brazo del soldado que ha regado con su sangre el árbol de nuestra libertad y gloria también á los jefes que á la victoria los ha conducido y á los hombres de estado, que han consolidado nuestra independencia.

Benito—¡Viva la República Argentina!

Marcelo—{

Antonio—} *al mismo tiempo* { ¡Viva!

Cárlos —{ ¡Viva!

(Se levanta el telón de fondo y aparece la República en esplendente trono, coronada por la Gloria, teniendo á su derecha un grupo de niñas vestidas de azul y blanco que le ofrecen canastillas de flores y á la izquierda un batallón escolar que le presenta las armas; otras niñas vestidas de ángeles le ofrecen coronas desde las gradas del trono, una lluvia de flores cae sobre la República y las niñas cantan la última estrofa del himno nacional. (Telón rápido)



Libres para siempre

La acción pasa en Buenos Aires en casa de María Thompson á mediados de Julio de 1816—Trajes Imperio.

El teatro representa un salón con puertas á la derecha, ventanas al opuesto lado, mesa á la izquierda, con sofá y sillones alrededor.

PERSONAJES:

María de Thompson, Remedios de San Martín, Tomasa de Escalada, Cármen de Alvear, Juana.

ESCENA 1ª

Al levantar el telón, María está sentada á la mesa, recorriendo algunos periódicos que sobre ella se hallan esparcidos.

María—Por todas partes malas noticias. El enemigo avanza... el desaliento cunde... ¡cuanta sangre derramada sin provecho!... ¡cuánto heroísmo perdido!... ¡cuánto sacrificio inútil!... ¡Pobre patria!... Sería preciso algún rasgo extremo y atrevido que electrizase las masas y les infundiesen nuevos bríos... algo así como uno de aquellos sublimes rasgos de locura que salvaron la República en Francia el 93... Pero, sin sangre... no, no, aquello fué horrible... la sangre me horroriza... pero la patria no puede perecer... y si somos vencidos... ¿qué será de nuestros maridos, de nuestros hermanos, de nuestros hijos? (*arrojando los papeles y levan-*

tando la vista al cielo) ¡Señor! Inspirad á nuestros próceres reunidos en Tucumán, una medida salvadora. ¡Inspirad!....

Juana (entrando)—Las señoras de San Martín y de Escalada. *(se separa para dejarlas pasar y se retira)*.

ESCENA 2ª

María, Tomasa y Remedios

María (yendo á su encuentro)—Sean bien venidas mis queridas amigas *(abrazándolas)*.

Tomasa-- ¿Cómo te vá querida?

Remedios-- ¿Cómo estás María?

María—Bien, aunque triste *(tomándolas de la mano y llevándolas al sofá)*. Pero díganme *(á Tomasa)* ¿cómo va tu marido? *(á Remedios)* qué noticias tienes de tu heróico esposo?

Tomasa—Sigue bien, preocupado con estos asuntos.

María—Es natural, yo también ¿y el tuyo?

Remedios—Continúa en su gobierno de Cuyo, trabajando sin cesar para la realización de ese plán que ha concebido y que....

María—Y que ha de enaltecer la pátria y consolidar nuestra libertad.

Remedios—Lo crees así?

María—Sí, y si en mi pecho cupiera la envidia, envidiaría tu dicha, por estar unida á un hombre cuya gloria ha de ser inmortal!

Remedios—Tú me alientas.

Tomasa—¿Crees entónces, que el plán del general San Martin, tendrá feliz éxito?

María—¡Oh, sí lo creo, pero....

Tomasa—¿Hay un pero?

Remedios—¿Qué temes?

María—El desaliento que se va apoderando de los nuestros.... las ventajas que vienen tomando nuestros contrarios.... Es por eso que les decía hace un momento que estaba triste.

Tomasa—Tanto te impresionan los asuntos políticos?

María—Llámale políticos, si quieres, yo le llamo patriotismo.

Tomasa—Siempre la misma (á Remedios). ¿Te acuerdas de aquella noche en casa... aún no eras casada, no es cierto?

Remedios—¿Cuándo?

Tomasa—Cuando tuvimos aquella reunión para la compra de armas.

María—El complot de los fusiles, como le han dado en llamar.

Remedios—(riéndose) ¡Oh, sí, aún no era casada!

María—No... sí, hará unos cuatro años.

Tomasa—Es cierto, fué en el año 12 y ya estamos en el 16, tienes razón... pero que exaltada estabas.

Remedios—Ya lo creo!

María—No recuerdo.

Tomasa—Estábanos allí todas: tú, ésta, Petrona Cárdenas, María Costa, Cármen de Alvear, Elena...

María—Sí, ahora recuerdo... estábamos todas, tu invitación había sido general.

Tomasa—Así debía de ser, era indispensable obtener la plata necesaria para pagar las armas que habían llegado, y que no querían entregar á crédito, al gobierno.

Remedios—Eramos tantas, que con una onza de oro cada una, pudimos pagar los fusiles.

María—Menos Elena que quiso pagar dos.

Tomasa—Es verdad; las circunstancias de su casamiento le impidieron firmar, para no turbar la paz doméstica, más, en cambio, quiso pagar dos y por eso le dió una onza á Petrona Cárdenas y otra á Cármen.

Remedios—A Cármen de Alvear, sí, sí!

Tomasa—(á *María*) Pero ché, ¡cómo te enfadaste aquella noche! que lección le diste á Cármen.

María—Yo no me enfadé; leí la nota que había llevado preparada para enviar al gobierno el importe de la subscripción; Vds. la aprobaron y la estaban firmando, cuando Cármen me dijo al oído que me la había escrito Montegudo.

Tomasa—¿Y eso te exaltó?

María—No me exaltó; pero, como no era verdad, protesté.

Remedios—Y la quemaste en una de las velas del candelabro.

María—Sí, para probarles que no necesitaba secretarios.

Tomasa—Mejor fué así, pues la que escribiste allí mismo, fué espléndida!

Remedios—Es cierto ¿recuerdas algo de ella?

María—Solo recuerdo este párrafo. . . . (*declamando*). “Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de las familias, la nueva de una victoria, las firmantes podrán decir en la exaltación de su entusiasmo: “yo armé el brazo de ese valiente, que aseguró su gloria y nuestra libertad”.

Tomasa — ¡Sí es muy lindo; pero yo gusto más de aquel otro párrafo en que decías, si mal no recuerdo (*declamando*). “Si el amor á la patria deja algún vacío en el corazón de los guerreros, la consideración á nuestro sexo será un nuevo estímulo que los obligue á sostener en su arma una prenda del afecto de sus compatriotas, cuyo honor y cuya libertad defienden; entónces, tendrán un derecho para reconvenir al cobarde, que, con las armas, abandonó su nombre en el campo enemigo. . . .”

Remedios—Es cierto, ahora recuerdo que cada fusil debía llevar grabado el nombre de cada una de nosotras.

María—(á *Tomasa*). Buena memoria tienes.

Tomasa—Es que á todas nos impresionó tu nota.

Remedios—Estaba muy bien!

Las mismas y Juana

Juana—(Entrando apurada). Señora! Señora! Parece que hay algo en la ciudad.

María—(volviéndose) ¿Qué dices?

Tomasa—(poniéndose de pié). ¿Qué hay?

Remedios—(ya en pié) ¿Sucede algo?

Juana—No sé lo que hay, pero veo mucha gente que se dirige hácia el Cabildo... (aproximándose á una ventana) vea, vea, señora!

María } aproximán- (Es cierto.

Remedios } dose á la } ¡Cuánta gente!

Tomasa } ventana. } ¿Qué será?

(Se oyen vivas á lo lejos.)

María—Me han parecido vivas.

Tomasa—Y á mí.

Remedios—Y á mí también.

María—Vé Juana, corre á informarte.

ESCENA 4ª

Las mismas y Cármen de Alvear

Cármen (apareciendo en la puerta).—No es necesario, yo os lo diré.

María (corriendo hácia ella)—¡Cármen!

Tomasa—Cuenta ¿que hay?

Remedios— Habla, habla, *Cármén* ¿Son noticias de Mendoza?...

Cármén (*abrazándolas*)—No, No, descansa querida; no es nada de tu marido,

María—Pero mujer habla, qué noticias traes?

Tomasa } *Al mismo* { Son buenas ó malas
 } *tiempo* { noticias?

Remedios } { ¿De donde vienen.?

Cármén— De Tucumán.

Remedios } *Al mismo tiem-* { De Tucumán?

Tomasa } *po y con entona-* { De Tucumán!

María } *ción diferente.* { De Tucumán!!

Cármén—Sí, de Tucumán, del Congreso.

María—¿Se ha disuelto?

Tomasa—¿Se ha sometido al Rey?

Cármén—Ha proclamado la independenciam de nuestra pátria, rompiendo de una vez para siempre los lazos de vasallaje que la unían á la metrópoli.

María—(*levantando los ojos al cielo*) ¡Dios mío!

Remedios—¡Gloria al Congreso de Tucumán!

Tomasa—¡Gloria sí... pero, ese reto audáz....

María—Nada temas (*tomándolas de las manos*), escuchad: hace un momento, cuando entrábais, pedía al cielo una resolución atrevida, un rasgo heróico, que retemplase el ánimo de nuestro pueblo, que le abriese un abismo entre el pasado y el presente: como á los soldados de Cortés, la quema de las naves; como

á la revolución francesa la decapitación del monarca; y, esa resolución ha llegado, pero, sin sangre y sin lágrimas: de hoy en adelante ó viviremos como libres ó como libres moriremos... volver atrás es imposible.

Cármén
Remedios
Tomasa
Juana } *A un tiempo* } ¡Viva la libertad!

María—Sí, sí, viva la libertad. De hoy más seremos libres... y, libres para siempre!...

Se oyen dentro los primeros acordes de la última estrofa del Himno Nacional; las interlocutoras se perfilan al lado más próximo; se levanta el telón de fondo descubriendo un cuadro que ocupa todo el fondo del teatro y que se halla enmoldurado en un marco formado por los escudos de las catorce provincias argentinas, teniendo en el centro el de la Nación, entrelazados en tules blancos y celestes. A la derecha del foro un pabellón azul con franjas de plata, erguido sobre un estrado cubierto de púrpura y sostenido por antiguas adargas plateadas; tres niñas representando á los Estados Unidos, Portugal é Inglaterra, — las tres naciones que primero reconocieron la independencia argentina — envueltas en las respectivas banderas y en aptitudes apropiadas al papel histórico por dichas naciones representado, reciben á otra niña que representa á la República Argentina y que, vestida con los colores de su bandera, avanza á tomar su lugar en el consejo de las Naciones, poniendo el pié en el primer peldaño del estrado sobre el que se levanta el pabellón, al mismo tiempo que llama

la atención de las Naciones, señalando el acta de la Independencia, que otra niñita vestida de angel, despliega junto á ella. Junto á las tres naciones, en el último peldaño del estrado, pero fuera del pabellón, otra niña, la Fama, con túnica griega, tremola en la mano derecha la bandera argentina, en tanto que con la izquierda aproxima á los labios la trompa de la fama; y en los otros peldaños del estrado, dos niñitas vestidas de ángeles, levantan el escudo argentino y otra niñita también vestida de angel, lo corona de laureles. El centro, en segundo término, y á la izquierda; las ocupan catorce niñas vestidas con los colores nacionales, que en representación de las catorce provincias, ofrecen á la República canastillos de flores, entonando al mismo tiempo la última estrofa del himno nacional. Una lluvia de flores cae desde las bambalinas sobre la República y la escena se halla iluminada por luces de Bengala. Terminado el himno, cae rápidamente el telón.



INDICE

Páginas

Los Próceres de la Independencia.....	3
Los Héroes del Pueblo.....	13
Libres para siempre.....	23

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



